

REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA HISPANA

Tomo XLVII

San José, Costa Rica

1952

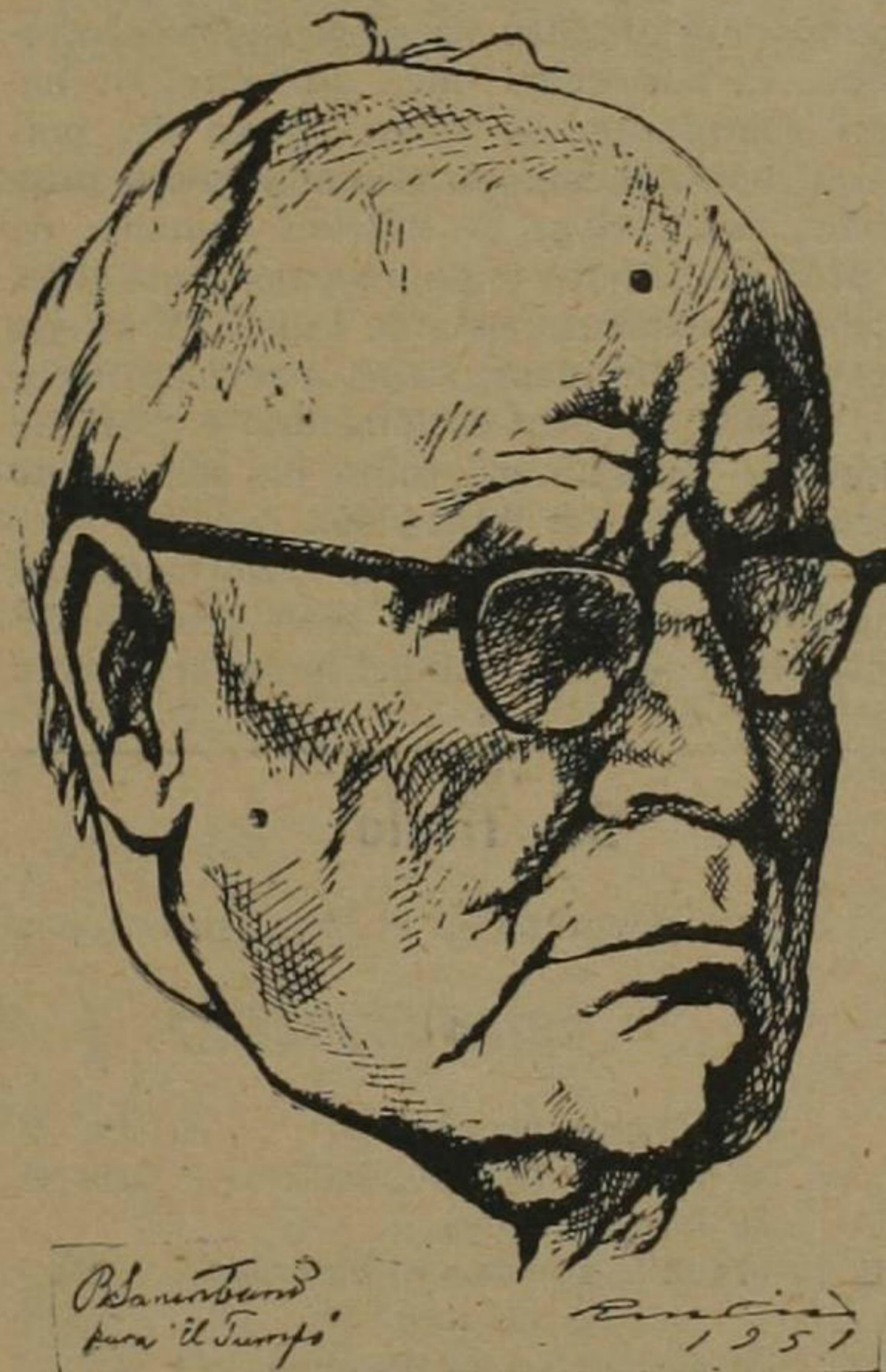
Martes 15 de Julio

Nº 19

Año XXXII — No. 1139

Un espectáculo de la Inteligencia

Por L. E. NIETO CABALLERO
(Es un recorte de *El Tiempo* de Bogotá)



B. Sanín Cano

Ofrecimiento del banquete de trescientos cubiertos en el Hotel Granada de Bogotá, cuando el maestro cumplió noventa años.

Lo abraza,

Lenc.

x

Maestro:

Aunque repetida a través de los siglos, no sé qué tan cierta sea la consoladora sentencia de Menandro, de que los amados de los dioses mueren jóvenes, porque los dioses no hablan sino en literatura. Pero lo que sí es verdad, más consoladora aún, es que los que se conservan jóvenes a través de la vida, para difundir su espíritu con el gesto del sembrador que arroja la semilla, bajo la luz de Dios, en los campos, son amados de los hombres, que en silencio los observan, sin aparentar darse cuenta del prodigio, pero que de pronto, con ocasión de algún aniversario feliz, se congregan, para hacerle sentir, al que tanto merece, la gratitud y el afecto.

Eso significa este homenaje, Maestro, en la hora precisa en que registra la clépsidra el paso de la gota que marca vuestro nonagésimo cumpleaños. Se me ha hecho el honor de confiarme la expresión del sentimiento colectivo, y aquí estoy, en nombre de vuestros amigos, casi me atrevería a decir de vuestros compatriotas, porque no debe haber un solo colombiano a quien no cause júbilo el saberlos en el pleno uso y goce de vuestras facultades físicas y mentales en una edad a que pocos entre los humanos llegan, e interpretando también a los incontables extranjeros que os admiran, porque os conocen o porque os han leído, a manifestaros cuán sinceros son los votos que hacemos porque sean numerosos y plácidos los días que os siga deparando la fortuna y cuán profunda es la admiración que nos liga a vuestra obra.

Como en Francia se decía de Paul Adam, habéis sido "un bello espectáculo". Un espectáculo de plena primavera, de constante amanecer, en las colinas de la inteligencia. No os habéis cansado de leer, de investigar, de comprender, atento a todos los fenómenos de la naturaleza o del alma. Sin haber escogido, a la manera socrática, la enseñanza oral, aunque esa fué la de vuestra iniciación y vuestro magisterio, habéis podido, en cierto modo, hacer vuestra la frase que le escuchó Platón al Maestro de Atenas: "Me es de alto aprendizaje la vida que se derrama por las calles". Aunque lo ha sido mejor la vida interna, la de la biblioteca y la del laboratorio, aquella en que este insignificante y desgraciado sér que es el hombre adquiere dimensiones que lo acercan a la divinidad, como fabricante de la luz y del rayo.

Habéis estudiado las primeras causas para seguir las después en sus efectos de gran-

deza o de desolación. La vida que se derrama por las calles es la consecuencia, feliz o desgraciada, de todo aquello que se ha ido encontrando en el estudio. Podéis haber dicho, con Anaxágoras, que la causa de todas las cosas es la inteligencia ordenadora, y repetido, otra vez con Sócrates, que os refugiásteis en la razón para mirar en ella la verdad de los seres. Grande impresión me hizo siempre en el último diálogo del maestro que se preparaba serenamente a tomar la cicuta, el consejo de no estudiar la vida a la manera de los que contemplan los eclipses de sol directamente y no en el agua, decía él, o a través de un vidrio ahumado, como diríamos nosotros, por el temor de cegar, pues a semejanza de lo que ocurre con los ojos del cuerpo, se ofuscan y se apagan los ojos del alma. Y no es que se renuncia a analizar en sus operaciones cuanto interesa, sino que se reconoce la eficacia del estudiarlo en imágenes. *Indagaciones e imágenes* fué bautizado socráticamente uno de vuestros libros. Pero en todos los otros se ve del mismo modo como habéis sido el hombre que no mira directamente al sol sino a través del vidrio de la inteligencia.

Habéis seguido la marcha y el vuelo de los escritores de fuera —filósofos, novelistas, críticos, gramáticos, economistas— disculpándoos de la acusada preferencia con lo que un poco humorísticamente llamáis

vuestra presbicia, o sea la necesidad de ver de lejos, agregada a otra, inventada también, de maduración durante muchos días del concepto, acerca de hombres o de obras, antes de expresarlo. Todos sabemos que, aunque lo podéis, no queréis pareceros a aquellos que, según vuestro juicio, "leen por la mañana un libro y a la noche tienen listo el artículo de análisis para ilustrar al público al día siguiente".

Son tantos los autores a quienes habéis analizado o a quienes habéis hecho conocer entre nosotros, que la enorme lista, aunque posible de haber, constituiría una enumeración fastidiosa. En términos generales podría decirse que no hay clásico griego, latino, italiano, francés, inglés, español, ruso, escandinavo, o gran escritor de la América sajona o de la hispano-lusitana, que os sea desconocido. Muchos son los que figuran en vuestros ensayos, en vuestras comparaciones y en vuestras citas, para acrecentarse considerablemente con los modernos de los mismos idiomas y de los mismos países, destacándose por la frecuencia de vuestro comercio con ellos, Goethe, Leopardi, Dostoievsky, Ibsen, Carducci, Tolstoy, Nietzsche, Brandes, Renán, Flaubert, France, Faguet, Rémy de Gourmont, Ganimet, Fitzmaurice Kelly. Como Paul Bourget, a quien citáis, podríais decir, acaso con mayor propiedad o mejor autoridad que él, que os sentiríais avergonzado si cayérais en la cuenta "de que hay una forma del arte o una manifestación de la vida que os sean desconocidas o indiferentes".

En una ciudad conventual, sin diversiones, pero con un pequeño grupo de seres privilegiados, en las postrimerías del siglo anterior, en que vinísteis de Antioquia, la tierra que se enorgullece de haber sido vuestra cuna, a buscar la ocupación que da el sustento en una empresa de transportes, os dísteis a la tarea de enriquecer vuestra mente en la lectura y en el diálogo con ellos, entre los cuales, para recíproco provecho y para un curioso estudio vuestro acerca de cómo un organismo se convierte en "la más delicada y exquisita máquina de sufrir", vuestro interlocutor principal fué José Asunción Silva.

En este ambiente de Bogotá que, según lo afirmásteis, es uno de los más propicios a la locura, concepto acerca del cual referíais ladinamente la anécdota de una hermosa austro-húngara que había hablado con Silva, cambiábais con éste comentarios y noticias. Si él os hizo conocer a Flaubert, vos le hicísteis conocer a Nietzsche. Y de su predestinación hablásteis en esta frase soberbia: "Cuando sintió en la frente los estigmas del genio que se abrían en sangre, se pasó la mano con indiferencia e imaginó que era una simple neuralgia". Otro día sonó un disparo. Y desde entonces os constituísteis en un guardián de su tumba, en un explicador de su talento y un